

La comedia circular del domingo familiar

El día que mi abuela sufrió un ictus desayunando churros en la Calle Real, mi marido estaba con Carmen en un hotel de provincias. Carmen era compañera de trabajo de mi marido, y mi abuela tuvo un ictus a las 9 de la mañana, la hora a la que suelen comenzar las bienvenidas en los congresos corporativos; el hotel era el hotel de un congreso corporativo, sí, pero a las 9 de la mañana, cuando mi abuela sufrió el ictus, mi marido y su compañera de trabajo, Carmen, despertaban bajo una misma sábana.

—Recuerda algunas cosas de antes del infarto, pero otras no. Y no es posible saber con certeza cuáles son las que recuerda. La memoria a corto plazo también está muy afectada. Se entera de lo que dices, pero olvida todo a las pocas horas —y con esto selló el médico, después de un mes en la UCI, los domingos de la familia.

Los domingos de la familia, léase como nombre propio, son festivo nacional en los sesenta metros cuadrados de casa de mi abuela, que tuvo un ictus a las 9 de la mañana del día que mi marido estaba con Carmen en la cama de un hotel. Un día antes de que el médico nos dijera que recordaba algunas cosas, pero otras no, mi abuelo llamó al cura desde el hospital para pedir la extremaunción. Tres días después de recibir la extremaunción del cura, mi abuela caminaba por la Alameda con un bastón, del brazo de mi tío Alberto, y el domingo mismo la familia estaba reunida de nuevo alrededor de una fuente de pescado.

—¿Y Juan? ¿No viene? —mi abuela me miró a los ojos y, casi simultáneamente, yo los aparté. Mi tío Alberto, al que tenía yo sentado enfrente y que caminaba dos días atrás con mi abuela por la Alameda, me dio una patada por debajo de la mesa.

—Es Javier, no Juan. Tiene un congreso este fin de semana, abuela.

—¿Un congreso de qué?

—Un congreso de negocios.

Mi abuela sonrió satisfecha, y preguntó a mi prima Nerea cómo le había ido en su trabajo esa semana. Mi prima Nerea, que había perdido su empleo dos semanas después de que a mi abuela le diera un ictus a las 9 de la mañana desayunando churros, le contestó que había tenido mucho trabajo esta semana en la oficina y estaba cansada. Mi abuela replicó: «*Por lo menos tienes trabajo*». Mis padres, que con la crisis que acababa de reventar estaban a punto de cerrar su negocio de decoración, le aseguraron que la tienda iba bien, como siempre, sin mucha novedad, sofá tapizado aquí, sofá tapizado allá.

Cuando un día después de la extremaunción fue declarada viva, perdimos a la mitad de mi abuela y, a la vez, quedamos todos los miembros de la familia congelados en aquel momento en el tiempo. El tiempo, desde aquel día en que a mi abuela le dio un ictus mientras Carmen acudía a un congreso, no avanzaba en línea recta, hacia un punto en el horizonte, sino que era circular, como el anillo de boda en mi dedo anular, el anillo que me quité un día después de que mi abuela desayunara en la Calle Real.

—¿Viene Juan hoy? —dos meses más habían pasado desde que el cura había llegado a la habitación del hospital, y no, abuela, Juan no iba a venir.

—Es Javier, abuela, no Juan. Me llamó esta mañana y te manda un abrazo—su cara se ensanchó en una sonrisa —; el congreso es de negocios en el área de videojuegos, el sector está creciendo mucho. Le va muy bien, pronto tendremos un hijo y lo bautizaremos, abuela, y en el bautizo podrás llevar una gran pamea.

Mi prima Nerea, sin empleo todavía desde el domingo donde se había quejado lastimosa de haber tenido mucho trabajo, me interrumpió con entusiasmo para contarle a la abuela que esta semana el jefe le había aumentado el salario y que esperaba una promoción, casi seguro. Mi madre, que había echado el cierre al local por no poder seguir pagando el alquiler, continuó:

—Mamá, nosotros estamos pensando en abrir un local nuevo en la Calle Real.

La abuela, entusiasmada como cada domingo desde que había desayunado a las 9:00 y la mitad de su boca se había paralizado, dijo:

—¡Qué buenas noticias! ¡Qué bien nos va a todos! Hoy recojo yo los platos —y al terminar de recoger los platos ya no recordaba ni cuál había sido el postre de ese día.

Un año después de que mi marido hubiera sudado debajo de una sábana y encima de su compañera de trabajo, Carmen, la abuela empeoró y terminó el día postrada en una cama del hospital de donde el cura había salido después de dar la extremaunción. Mi prima Nerea, en paro desde que mi Tío Alberto había paseado por la Alameda, entró en la habitación y le dijo a mi abuela que ya era directora de la empresa y que había ganado un premio de una revista de directivos. Mis padres, con alegría desatada, revelaron sus últimos éxitos: ¿la tienda de decoración? Pronto saldría a Bolsa. Mi tío Alberto anunció que su hijo, el nieto de mi abuela, había tenido matrícula de honor en todas las asignaturas de la Universidad, la Universidad que el hijo del tío Alberto había abandonado el día antes de que su padre paseara con la abuela del brazo.

Javier, que había querido mucho a mi abuela, llegó en coche con Carmen, que se había despertado a las 9 el día que mi abuela tuvo el ictus y que se quedó esperando en una cafetería cerca del hospital mientras Javier entraba en la habitación en el mismo instante en que yo miraba a mi abuela enarbolando una sonrisa mientras me acariciaba la tripa con la mano donde

brillaba un anillo de boda, el anillo de boda que me había quitado el día que mi abuelo había llamado al cura un año antes.

—Ha venido Juan, abuela, para darte juntos las buenas noticias.

Mi abuela pareció recuperar sus ojos de repente y nos miró uno a uno con compasión.

—Su nombre es Javier.

Cerró los ojos y respiró por última vez, después de romper el hechizo con la única verdad que había resonado a su alrededor desde el día en que sufrió un ictus desayunando churros en la Calle Real.

No era la primera vez que estaba allí. Lo sabía aunque no lo recordara, aunque no debiera recordarlo. Le hubiera gustado conservar algo de la experiencia previa -o de las experiencias, en plural-, pero en su mente solo había un inmenso vacío. Sabía, eso sí, que había estado allí antes, aunque sin poder decir cuántas veces. Ni de qué manera. Ni siquiera era un recuerdo claro, tan solo una sensación. Un sentimiento. También supo de inmediato que aquello estaba mal, terriblemente mal. Algo no estaba saliendo según lo previsto y se preguntó si influiría en el recuerdo. Si la persona que lo comprase sentiría eso que ella estaba sintiendo. Supuso que sí.

— Lo compran todo, Micaela. Todo.

Recordó las palabras de Charlie aquella primera vez, cuando llegó desesperada y confusa a la clínica. Charlie le ofreció un té y luego comenzó a hablar. Micaela aún recordaba su discurso, palabra por palabra. Pocas veces alguien le había dicho algo tan impactante.

— Vendemos experiencias, recuerdos. Vendemos todo aquello que no se puede vivir, pero que se desearía haber vivido. Vendemos sensaciones, emociones, alivio. Cualquier cosa que uno quiera comprar, por imposible que te parezca, aquí estará a la venta.

— Y... ¿de dónde salen esos recuerdos?

La Micaela que preguntó aquello, joven e ingenua, hizo sonreír a Charlie.

— De ti. De gente como tú.

— No... no lo entiendo.

- Podría explicártelo de una manera muy compleja, pero no entenderías nada. Así que te lo resumiré: te quitamos el recuerdo a ti y se lo ponemos a otra persona. Desaparece de tu memoria y se instala en la suya. Para siempre.
- Pero, ¿por qué iba a querer alguien tener el recuerdo de otro?
- ¿Por qué no iba a quererlo, Micaela? — Charlie sonrió de nuevo —. Imagina poder recordar un gran amor, de esos que solo se viven una vez en la vida. O la sensación de ser madre sin tener que pasar físicamente por un parto... o sin poder hacerlo. Imagina poder recordar el tacto gélido de la nieve desde la comodidad de tu sala de estar, junto a la chimenea. O la emoción de saltar en paracaídas desde la seguridad de tu domicilio. Imagina poder recordar un amanecer, con sus tonos rojizos en el horizonte, cuando tus ojos llevan ciegos toda una vida. O la sensación de correr cuando se está postrado en una silla de ruedas. Nosotros vendemos la posibilidad de lo imposible, Micaela.

Micaela sintió un escalofrío al pensarlo. Desde luego, era tentador. Poder comprar cualquier recuerdo y sentir que era algo real, algo que se había vivido.

- Yo... yo no tengo nada parecido. No soy madre, apenas he hecho nada, solo he besado a un chico...
- No importa, Micaela. Si los recuerdos no existen, los creamos.
- ¿Crearlos?
- Verás, tenemos dos tipos de fuentes para obtener recuerdos. Están los clientes que acuden puntualmente a vender alguno de sus recuerdos porque necesitan el dinero. Bueno, o porque ya no los quieren.
- ¿Por qué no iba a querer alguien sus recuerdos?

— Bueno, imagina que ese chico al que besaste se portara fatal contigo y quisieras olvidarlo... ¿no te gustaría olvidar también el recuerdo de ese beso?

Micaela recordó durante un instante aquel primer beso de Kyle y se ruborizó.

— El tono de tus mejillas me indica que ahora mismo no estarías muy interesada en venderlo pero, créeme, mucha gente acude a nosotros desesperada por vender sus recuerdos. Y nosotros los compramos. Todos.

— Vale, ¿y cuál es la otra fuente?

— Personas como tú. Jóvenes con energía suficiente para vivir aquello que otros desearían vivir. Gente que trabaja para nosotros.

— ¿Cómo si los recuerdos se hicieran a medida?

— Vaya, esa ha sido una observación muy inteligente, Micaela. Sí, eso es exactamente lo que intentaba explicar. Los recuerdos se crean a medida para el cliente. Nosotros lo organizamos todo. Tú solo tienes que vivir la experiencia...

— Y dejar que después me la robéis.

— Robar es una palabra muy fea, Micaela. Esto es un trabajo. Recibirás una compensación económica por cada recuerdo que generes para nosotros... y, créeme, pagamos bastante bien. Nos gusta llamaros “Creadores de recuerdos”.

Micaela apretó los labios. Qué fácil lo había hecho parecer todo Charlie entonces. Que sencillo. Si hubiera sabido entonces lo que sabía ahora quizás no hubiera aceptado... pero era solo una niña y aquella oferta era demasiado tentadora. Más dinero del que podría haber

imaginado... a cambio de saltar en paracaídas, escalar el Everest o recorrer la sabana africana en busca de elefantes. Era un sueño hecho realidad para ella.

Pero lo cierto es que, con los años, el sueño se convirtió en pesadilla. Lo que al principio le había resultado emocionante había terminado por convertirse en una tediosa rutina. Su memoria estaba repleta de agujeros, vacíos y rotos. No recordaba apenas nada de los últimos cinco años. No solo borraban los recuerdos, sino todo lo relacionado con ellos. Charlie decía que era para mantener pura la experiencia, si alguna vez tenía que repetirla.

— Tenemos recuerdos que son top ventas, Micaela. A veces os toca vivirlos una y otra vez... y el nuevo comprador no quiere sentir que esto ya lo ha hecho antes para otra persona, ¿comprendes? Por eso tenemos que eliminarlo absolutamente todo.

Micaela se imaginó a la persona que compraría esta experiencia. En su cabeza era un viejo calvo y arrugado, con el ceño constantemente fruncido y cejas gruesas. Posiblemente rico, -esta era una experiencia cara- y solitario. Le imagino contrariado cuando terminara de descargar su recuerdo y tuviera esa sensación, la de haber hecho ya aquello pero sin recordarlo. Quizás pusiera una queja y ella tuviera problemas... aunque, ¿sería capaz de distinguir el recuerdo comprado de uno real? Charlie siempre decía que no.

— Nuestros recuerdos son reales. Tan reales o más que los de verdad. Es imposible distinguirlos, te lo aseguro. Una vez que realizas la compra, te borramos el recuerdo de haberla hecho, para que la experiencia sea lo más pura posible.

— Entonces, ¿ellos no tienen forma de saber si han recibido los recuerdos que han comprado?

— No... y sé lo que estás pensando: sería muy fácil engañarles..

— Bingo

— En realidad, hay unos instantes, justo antes de que les borremos el recuerdo de haber realizado la compra, donde recuerdan absolutamente todo. Es entonces cuando se hace efectivo el pago — Charlie se encogió de hombros —. Así que no, no podemos engañar a nuestros clientes.

Micaela se preguntó si siempre sería igual. Si siempre recordaría aquella primera entrevista con Charlie justo antes de crear un nuevo recuerdo para vender. Quizás siempre tuviera la sensación de haber vivido ese instante antes... quizás esto ni siquiera fuera una novedad. ¿Cómo podría saberlo? Su memoria estaba llena de huecos. Oscuros y profundos vacíos en los que ya no quedaba nada.

— ¿Quién soy?

La pregunta se escapó de sus labios casi sin pretenderlo. ¿Quién era ella? ¿En qué se había convertido? En un vaso que se llenaba, una y otra vez, solo para ser vaciado de nuevo constantemente. De ella solo quedaban las paredes de vidrio que rodeaban la nada más absoluta.

Un escalofrío recorrió su espalda. No quería volver a hacerlo. No quería crear algo que no pudiera conservar, que tuviera que entregar a otros. No. Esta vez se rebelaría, esta vez sería

diferente. Este recuerdo sería para ella. Para siempre. Iba a dejarlo, a huir si era necesario. No volvería a ver a Charlie, no volvería a vender sus recuerdos, empezando por este. Satisfecha con su decisión, cerró los ojos y se dispuso a saltar...

Un mes antes

Charlie estudió el rostro de Micaela con detenimiento. Sin duda, ya no era la jovencita que había llegado a su oficina años antes. Ahora era una mujer adulta, segura de sí misma y decidida... una mujer a la que sabía que no podría hacer cambiar de opinión. Demasiados años de experiencia a sus espaldas como para no reconocer aquella mirada.

— Lo entiendo, Micaela. De veras que lo entiendo.

— Entonces, ¿lo harás?

— Serás tú quién lo haga, en realidad.

— ¿Yo?

— Tienes que ser tú. No funcionará de otra manera.

— Mi propio recuerdo... creado por mí.

La tierra húmeda teñía sus talones, dejando el arco del empeine un poco más claro que el resto de la planta del pie. Algunas ramitas y piedras chocaban contra su piel de vez en cuando, haciéndola saltar levemente con miedo a que el fino tejido se desgarrase.

Llevaba más de dos horas caminando sin rumbo a través de la espesura del bosque, al menos aquel sería el tiempo transcurrido si realmente se hubiese detenido a la vez que las manijas de su reloj, que portaba con tanto orgullo. No era especialmente bonito a la vista, dos cintas entrelazadas con una tercera de alambre, unidas a un reloj que parecía haber pertenecido a un collar anteriormente, la anilla circular usada para insertar la cadena todavía se hallaba presente en la parte superior del objeto. A pesar de su rebuscada simpleza Agatha amaba aquel reloj más que a nada, pues lo había comprado cuando Will todavía vivía en el pueblo, antes de decidir mudarse a una cabaña hecha puramente de madera, apartada en medio del bosque para facilitar el trabajo como leñador de su padre.

Pero como el tiempo no se había detenido en sincronización con la pieza metálica la noche llegó con rapidez, transformando los árboles en tenebrosas siluetas de brazos alargados e intensificando cada crujido y susurro. Agatha podía escuchar sus propios suspiros, pero se sentían ajenos, como si alguien estuviese soplando un frío aliento contra la nuca de la niña, erizando así los finos cabellos que allí se encontraban.

Por aquello mismo jamás había ido a visitar a Will, demasiado asustada de perderse y que oscureciese antes de hallar el camino correcto hacia la casa de su amigo, o el camino de vuelta al pueblo en cualquier caso. De noche el viento comenzaba a batir con mucha más fuerza y se rumoreaba que había lobos merodeando por la zona, aullando cada noche para hacer conocer su presencia a todo aquel que pasaba. Si había algo que Agatha odiaba más que el frío eran los ruidos estruendosos, y la perspectiva de que el

emisor de aquellos últimos fuese una criatura que fácilmente podría derribarla y atacarla tampoco lo hacía una perspectiva mucho más agradable.

Aun así había decidido arriesgarse y atravesar el río encargado de separar el pueblo del bosque, que llevaba mucha más corriente de la que había planeado y acabo arrastrando sus chanclas de goma corriente abajo, todo para intentar encontrar la casa de Will. El río olía mal y las aguas estaban llenas de barro pastoso, manchando sus piernas hasta la rodilla de una capa marrón bastante desagradable de al menos medio milímetro de grosor, aunque la mayor parte había desaparecido a lo largo de su caminata. A pesar de todo continuó con su camino con la mente empañada por la imagen de su joven amigo, que llevaba más de tres semanas sin acudir a sus citas dominicales.

Will y Agatha habían hecho un trato antes de la partida de este, todos los domingos después de misa ambos pasarían el día juntos, primero comiendo en la cafetería más barata del pueblo, Patty's Pleasures, que en realidad tenía los mejores bocadillos de queso que habían probado jamás, y después irían a jugar toda la tarde al único parque que había. Era un parque pequeño, con dos columpios, un tobogán que no tenía aspecto de ser muy estable y un balancín para dos, aunque los niños del pueblo solían saltarse aquella regla y a veces llegaban a subir hasta tres en cada extremo, era increíble que aquel viejo resorte hubiese aguantado tanto como lo había hecho. A pesar de todo ambos ignoraban las arquitecturas en miniatura y se dedicaban a explorar alguno de los arbustos que rodeaban el terreno imaginando que eran piratas en busca de un tesoro, una vez incluso encontraron la madriguera de una ardilla terrestre, llena de hojas secas y todo un suministro de bellotas. Ambos tomaron una bellota cada uno de recuerdo, les gustaba referirse a ellas como sus amuletos de la suerte.

Cuando Will faltó por primera vez a su cita semanal Agatha lo atribuyó a que quizás estaría ayudando a su padre, el invierno se acercaba y los pedidos de leña aumentaban a

la misma velocidad que el fuego que se encargaría de avivar. La segunda semana no tuvo demasiado tiempo de preocuparse por la desaparición de su amigo ya que Ana, su madrastra, la mantuvo ocupada ayudando a tejer mantas para su tienda de telas. El tercer domingo sus preocupaciones se habían elevado, causándole un sentimiento de angustia constante en la boca del estómago, y el cuarto finalmente se decidió a tomar el asunto por sus propias manos.

Había tomado prestada una mochila de tela de la desordenada habitación de Nicholas, su hermano mayor. Normalmente trataba de evitar aquella zona de la casa, olía a calcetines sudados y pan mohoso, además de casi no existir un espacio que no estuviese ocupado por sus catálogos de mecánica o las pilas de ropa sucia que acumulaba desde hacía varios años. Usando una pinza de madera sobre la nariz y respirando por la boca se adentró a por una de las muchas mochilas que su hermano tenía, ella misma poseía tan solo una y era la que usaba para ir al colegio, por lo cual no podía arriesgarse a que le ocurriese nada. La mochila que había tomado era de un tamaño promedio, con el formato tradicional de dos bolsillos, uno grande y otro más pequeño; también tenía una rejilla en uno de los costados para guardar alguna botella de agua o zumo, realmente no importaba siempre que tuviese forma cilíndrica.

Su padre le daba todos los días una pequeña cantidad de dinero para pagar el almuerzo de la escuela y estuvo una semana entera escondiendo aquellas monedas debajo del colchón, lejos de las manos errantes de su hermano. Haber renunciado al almuerzo durante cinco días había sido algo complicado, su estómago siempre decidía hacer los ruidos más desagradables en los peores momentos, por ejemplo cuando todo el mundo estaba en silencio, o cuando le tocaba corregir alguna actividad en voz alta y toda la atención estaba centrada en ella.

Aun así había logrado aguantar y reunir una cantidad lo suficientemente decente como para poder comprarse dos bocadillos mixtos, una bolsa de patatas fritas y medio paquete de galletas de vainilla en Patty's Pleasures; para llevar el agua decidió rellenar en el grifo de casa una botella de plástico que ya tenía.

Así pues la noche anterior a su partida dejó preparada sobre la silla de su habitación la ropa para el día siguiente: un vestido de verano amarillo con estampado floral que nunca le había gustado demasiado, por lo cual en vista de que sufriese algún pequeño incidente no lo echaría demasiado en falta, y una chaqueta de lana color verde, pero no del bonito semejante al color de los campos en primavera, sino del que parecía simular las secreciones nasales que salen a borbotones cuando uno está acatarrado.

Agatha contaba con tan solo dos calzados, unas chanclas de goma color rosa chillón que usaba para estar por casa y un par de zapatos de charol ya desgastados que usaba para el resto de ocasiones. Sabía que partir hacia el bosque con nada más que unos trozos de goma protegiendo sus pies no era la decisión más acertada, pero usar los de charol y tener que enfrentarse a la ira de su madrastra en caso de que les ocurriese algo tampoco parecía una opción demasiado apetecible, así que finalmente optó por las chanclas.

La mañana de su partida se levantó muy temprano, caminando de puntillas hacia el baño con la ropa colgando debajo del brazo. Se lavó la cara con vigor, usando el jabón en barra con olor a olivo que había visto aplicarse a su padre cada vez que se afeitaba. Se recogió el cabello en una coleta alta, no demasiado tirante pero lo suficientemente ajustada como para que ningún mechón escapase de su agarre. Tras vestirse observó su reflejo en el espejo pensativamente.

¿Valía la pena hacer todo aquello? Quizás Will aparecería el domingo siguiente, o incluso antes, y le explicaría la razón por la cual no había venido hasta aquel momento, todo debía tener una explicación lógica, ¿cierto? Quizás la camioneta de su padre se

había estropeado y tenía que ayudarlo, o quizás había sufrido una caída y no podía levantarse de la cama.

Cuando estaba prácticamente convencida de renunciar a su plan Agatha recordó la angustia por la que había pasado todas aquellas semanas y la dificultad para dormir que había comenzado a desarrollar, y decidió que de estar en el lugar de su amigo le gustaría que alguien se preocupase por ella y tratase de buscarla, incluso si en realidad no le hubiese ocurrido nada.

Y aquello era lo que la había llevado hasta aquel momento, calada hasta los huesos de frío y recorriendo con pies desnudos un camino de tierra lleno de baches. Aquella noche había luna llena y el cielo estaba libre de nubes, dejando que un gran manto estrellado iluminase levemente su camino, quizás si las circunstancias fuesen distintas se habría permitido el placer de disfrutar de la belleza que ofrecía el cielo nocturno.

Había perdido completamente el sentido del tiempo, tan solo le quedaba por esperar que el sol comenzase a asomar por el este para ofrecerle no solo orientación sino también algo de calidez. El jersey que llevaba ofrecía una protección mínima a su pequeño cuerpecillo y las extremidades le habían comenzado a temblar.

Tras lo que pareció una eternidad logró encontrar un árbol bajo el cual refugiarse, era más pequeño que el resto de los que había alrededor pero notablemente más frondoso, por lo cual sus ramas no eran tan obvias a primera vista. A pesar de su tamaño Agatha cabía perfectamente debajo, y era la opción menos tenebrosa que le quedaba. Apoyando la espalda contra el tronco del árbol la niña abrió su mochila y sacó uno de los bocadillos de queso que había llevado consigo, deshaciendo con manos trémulas el papel de aluminio. A falta de otro utensilio partió el bocadillo manualmente, formando dos triángulos bastante irregulares. El pan estaba un poco húmedo y el queso se sentía

desagradablemente pastoso en su boca, pero el hambre no perdona y tampoco estaba en posición de exigir demasiado.

Después de comer se acurruco sobre sí misma, abrazando la mochila contra su pecho y apoyando la cabeza contra sus propios brazos. Realmente no pretendía quedarse dormida, y al principio le pareció poco probable debido a la angustia que mantenía a su corazón latiendo potentemente en su pecho, pero finalmente acabó cediendo a los brazos de Morfeo.

Fue una lengua húmeda y rasposa deslizándose a lo largo de su rostro, dedicando especial énfasis a sus regordetas mejillas y al puente de su nariz, lo que provocó que Agatha se despertase a la mañana siguiente. El sol ya había comenzado a asomarse tímidamente, apaciguando con el calor de un nuevo día el viento gélido de la noche.

Los parpados de la niña se sentían pesados y algunas legañas dificultaban su separación, inmersa como seguía en una bruma soñolienta tardó unos segundos en percatarse del tacto húmedo que seguía acariciando su frente con insistencia. Tras un momento de realización se reincorporo rápidamente y comenzó a frotarse los ojos con brusquedad.

Una vez despertados todos sus sentidos Agatha no pudo contener el grito que abandonó su garganta al tomar consciencia de la presencia de un pequeño animal que la observa con la cabeza ladeada mientras barría el suelo con el meneo de su cola.

Ante ella se encontraba un cachorro de lobo con la boca entreabierta, dejando escapar pequeños jadeos. Poseía un denso pelaje color caoba que transmitía una extraña sensación de familiaridad y sus pequeños ojos eran como dos canicas. Sus orejitas era dos picos que apuntaban hacia el cielo y su brillante hocico recordaba al cuero recién encerado.

Ambos continuaron mirándose en silencio durante unos segundos hasta que el animal comenzó a acercarse, primero lentamente y luego lanzándose directamente sobre la

niña. Agatha comenzó a dar manotazos tratando de evitar que el animal la atacase, pero tras unos segundos dando golpes al aire se dio cuenta de que ni siquiera estaba cerca de querer hierla, en cambio se frotaba contra su estómago en busca de mimos. Con manos trémulas y todavía un poco dudosa comenzó a acariciar el grueso pelaje con movimientos suaves.

Después de un rato el pequeño lobo se apartó, devolviéndole a Agatha la libertad de movimiento, que aprovechó para levantarse. Estiró los brazos por encima de la cabeza y también flexionó ambas rodillas por turnos. Una vez recuperado el control de movimiento sobre sus extremidades se giró para encontrar a su nuevo compañero olisqueando su mochila, tirando del paquete de galletas que sobresalía a través de la cremallera entreabierta.

—No, tú no puedes comer eso — exclamó, tomando la mochila y volviendo a cerrarla después de tomar dos galletas del paquete. El animal la miró con ojos brillantes, haciéndola sentir remordimiento por no tener nada que darle de comer.

En aquel momento Agatha se dio cuenta de que si el cachorro estaba ahí con ella su familia no podía estar muy lejos, y no creía que una manada de lobos adultos fuese a ser tan mansa como aquel pequeño espécimen. Aun con los ojos del pequeño lobo pendientes de sus movimientos comenzó a retroceder caminando de espaldas.

—Oye mira seguro que tu familia no está lejos ¿vale? Tu espera aquí a que me vaya y seguro que aparecen ensegui...— las palabras se vieron abruptamente interrumpidas cuando tropezó con la gruesa raíz de un árbol que sobresalía de la tierra. Las galletas cayeron de sus manos a la vez que su cuerpo chocaba contra el suelo y el animal fue rápido en atraparlas y comenzar a masticar.

Tras aquel incidente Agatha tuvo otros tres intentos de huida que acabaron en fracaso debido a que el animalito la seguía independientemente de que camino tomase o con que estratagema tratase de engañarlo, obligándola finalmente a aceptar su compañía.

— Bueno, ya que vamos a ser socios deberías tener un nombre, ¿no crees? — comentó mientras seguía el camino ya trazado. Inicialmente había intentado darse la vuelta y seguir el camino de regreso al pueblo, pero tras pasar por varias zonas sospechosamente similares entre sí tuvo que resignarse a la idea de que el sendero no era tan lineal como parecía. El pequeño lobo la observó y por unos momentos Agatha tuvo la sensación de que tal vez podría entenderla, quizás aquel queso pastoso había comenzado a hacer estragos a su cordura.

— Está bien, como no estoy muy segura de que eres te llamaremos Noah, es un nombre muy bonito y sirve para cualquier género — el animal comenzó a menear la cola nuevamente con un renovado vigor, haciendo que una sonrisa se formase en el rostro de Agatha. — En ese caso Noah será.

Continuaron caminando hasta llegar a una bifurcación. Ambos caminos parecían iguales, los mismos árboles y la misma tierra llena baches. Agatha hizo amago de seguir por la derecha, pero Noah comenzó a correr hacia la izquierda y la niña se dejó guiar, quién conocería el bosque mejor que él, ¿cierto?

El nivel del agua de la botella disminuía lentamente, Agatha bebía pequeños sorbos para que aguantase lo máximo posible, minúsculas gotas cristalinas deslizándose a través de sus labios. Le quedaban tres galletas y medio bocadillo que roía lentamente, siempre tentada a ceder a sus impulsos y engullir todo de golpe.

No sabía en qué momento Noah había comenzado a liderar el camino, pero realmente no importaba, tampoco es que tuviese un plan mejor. Con el paso del tiempo sus pasos comenzaron a ralentizarse, sus talones estaban magullados y sus rodillas se sentían cada

vez más débiles. Con la vista fija en una de las heridas de su pie derecho, de la cual había comenzado a brotar sangre, se sobresaltó al escuchar los aullidos de Noah, que había comenzado a correr aceleradamente dejándola atrás.

— ¡Noah espera! — exclamó, ajustándose la mochila al hombro y siguiendo al animal. Podía sentir sus pies arder a cada paso que daba.

A medida que avanzaba una gran luz cegadora comenzó a abrirse paso entre los árboles, y de pronto Noah se escabulló por debajo de unos arbustos. Agatha se agachó con dificultad y reptó por debajo del denso follaje. Tras salir de los matorrales y suavizar los pliegues de su vestido con las manos, eliminando los restos de hojas secas, miró al frente. Su boca se abrió con asombro al mismo tiempo que comenzaba a sentir como la humedad se acumulaba en sus ojos.

Lo había logrado. Ante ella se encontraba una pequeña cabaña de madera de aspecto acogedor. Tenía un porche con una hamaca y otras dos sillas, hechas de metal pero acolchadas con cojines color melocotón, y había una barbacoa portátil en lo que creía que era el jardín, ya que estaba delimitado por algunas piedras decorativas de color blanco. El supuesto jardín estaba lleno de girasoles y gnomos de porcelana, y había un bonito pozo en una esquina, el cubo para recoger agua se balanceaba al ritmo de la brisa.

Incapaz de contener su alegría Agatha se dirigió a la casa, ignorando cualquier dolencia física que padeciese. Al llegar a la entrada tocó un par de veces, chocando sus nudillos contra la dura superficie, y la puerta se entreabrió bajo la presión. Esperó unos segundos, aguardando a que Will o quizás su padre apareciesen, pero tras unos minutos en completo silencio decidió entrar.

— ¿Hola? — gritó, posicionando sus manos a ambos lados de su boca, tratando de aumentar el alcance de su voz —. No pretendo molestar, pero nadie respondía y la puerta estaba abierta.

Nada, el más pulcro de los silencios continuó reinando. Con pasos inseguros Agatha comenzó a recorrer la casa: una bonita sala de estar llena de libros, una cocina con cereales esparcidos por el suelo, un baño con la bañera llena de agua y un solo dormitorio pulcramente organizado, que contrastaba de forma curiosa con el resto de salas.

Había signos de que era un lugar habitado, pero ni rastro de Will ni de su padre. El silencio era llenado tan solo por el sonido del agua goteando del grifo de la cocina, y Agatha se dio cuenta de lo raro que resultaba que hubiese tan solo un dormitorio en toda la casa, quizás alguno dormía en el sofá ya que realmente parecía bastante cómodo.

De repente escucho un pequeño aullido a sus pies, y solo entonces se percató de la presencia de Noah, que sujetaba entre los colmillos un collar para mascotas. Agatha se agachó para agarrar el objeto y palpó el suave material. De la gargantilla colgaba una bellota extrañamente familiar, que tomó entre sus manos, dándole vueltas para observarla desde todos los ángulos posibles. Al terminar con la bellota, analizó el collar como tal, y al mirar en el dobladillo interior halló un nombre grabado: Will.

Y en aquel momento se dio cuenta de que su búsqueda había finalizado horas atrás, siendo ella la encontrada.